PRIMERA PARTE

Capítulo 1: En Busca de un Loco.

– a –

Miré por la ventana, y a través de ella alcancé ver algunas estrellas. Me revolví sobre la cama y fijé la mirada en la oscuridad de la habitación. Mis ojos ya se habían acostumbrado a la penumbra, y conseguí notar la silueta de los muebles.

Me había despertado a mitad de la noche y ya estaba desde hace un rato luchando con la vigilia. Esto me sucedía de vez en cuando. Me pasó la primera vez que dormí fuera de casa, en casa de un amigo; también me sucedió durante los primeros días en el internado de la universidad, y la vez en que viajé a las a las montañas. Pensándolo bien, me sucedía cada vez que dejaba mi ambiente habitual. No sabía el motivo (nunca me había parado a pensarlo), pero viviría en Ponyville por una temporada, así que tarde o temprano acabaría acostumbrándome a ese techo desconocido.

Dejé pasar el asunto, y me centré en el problema inmediato. No podía dormir *esa* noche, y me resultaba de lo más fastidioso, pues tenía el cuerpo agotadísimo por el viaje y no sentía que pudiera reponerse mientras mantuviera los ojos abiertos.

Me revolví una y otra vez. Cerré los ojos y conté ovejas, conté vacas y conté caballos; miré hacia el techo pensando en las musarañas. Nada funcionó.

Devolví la mirada a mi ventana. Me quedé contando estrellas, y parecía cada vez más concentrado en esa tarea, como si se tratara de algo de suma importancia. ¿Puedes creer que llegara a encontrarlo entretenido? Pero, divertido o no, seguía insomne a las dos o tres de la madrugada.

Entonces lo escuché. Era el sonido de alguien al cambiar de posición sobre la cama. Por primera vez me percaté de ella, y caí en la cuenta de que Twilight Sparkle, vieja amiga de la universidad, dormía a no más de cuatro metros de mí, separados por tan solo una frágil cortina. Me pregunté si ella tampoco podía dormir, pero, por sobre el silencio absoluto de la recámara, alcancé a escuchar el ritmo lento y acompasado de su respiración. Me imaginé despertándola y diciéndole “Hey, Twilight, no puedo dormir. ¿Quieres que tengamos una pijamada o algo?”, y sonreí.

Oír su respiración era agradable, y me tranquilizaba casi tanto como si me estuvieran cantando un *lullaby*. Como si me contagiara, mi mente se fue relajando, mi consciencia diluyendo, y mis párpados fueron haciéndose pesados. Mirando la noche, las estrellas me parecieron aún más bonitas. Una, dos, tres…

Y me dormí.

– b –

Se oyeron unos aporreos en la puerta.

–¿Puedes ir a abrir, Fall?

–Sí, sí. Ya voy.

Sacaba y acomodaba los últimos enseres de mi equipaje. Twilight se había despertado antes que yo, y se estaba bañando cuando salí de la habitación. Bajé por las escaleras y crucé la biblioteca. El sol no había salido hace mucho, y me pregunté quién podría querer un libro a esas horas. Abrí la puerta y me topé con un niño.

–Buenos días. Usted debe ser el señor Dawn. Mi nombre es Spike, y seré su nuevo asistente.

Llevaba un polo lila y unos pantalones color caqui, ambas prendas lavadas tantas veces que ya empezaban a desteñirse. Quizá por la misma razón parecían quedarle algo pequeñas. De estatura, me llegaba ligeramente por encima del ombligo, y aunque su mata de pelo verde le confiriera el aire rebelde de un adolescente, no podía pasar de los doce años. Un niño, sin duda.

Para nada la idea que yo me había hecho de un asistente.

–¿Está la señorita Sparkle?

–Eh… disculpa, ¿dijiste que *tú* serás nuestro asistente?

–Así es. –Dijo, y notando mi expresión incrédula, añadió con hostilidad–: ¿Hay algún problema con eso?

–Oh, no, no. Para nada. Ven, pasa.

Había un par de banquillos colocados por ahí, y le señalé uno para que se sentara a esperar. Él devoraba con la mirada la biblioteca. De vez en cuando me miraba de reojo, y sus ojos recelosos me hacían sentir incómodo.

–Twilight… uh, la señorita Sparkle bajará en unos momentos. Espera aquí, iré a avisarle.

Le dije eso porque no sabía qué más decirle para librarme de esa situación. Suelo ser torpe de vez en cuando, y mucho más cuando son niños… aunque creo que eso ya quedó claro unas líneas más arriba. No había pasado ni un día, y ya me había ganado la tirria de alguien.

“Y lo peor es que tendré que convivir con él todos los días”, pensé. “Vaya forma de empezar una nueva vida.”

Pensaba en todo ello cuando entré en la habitación. Miré hacia arriba, a la plataforma de madera que usábamos como recámara, y la vi terminando de acomodarse la blusa y pasando a colocarse los zapatos. No parecía haber reparado en mí. Me pregunté qué habría pasado si hubiera entrado uno momento antes (por ejemplo, si no hubiera tenido la idea de preguntarle a un niño de pelo verde si realmente era el asistente), y no pude evitar ruborizarme. Alejé esos pensamientos de inmediato.

–¿Quién era? –preguntó Twilight al verme. Por un instante, no supe de qué me estaba hablando.

–¿Ah? Oh, era el asistente. Baja para que lo conozcas, Twi.

Terminó de atarse los zapatos y bajó a la estancia. Cuando estuvo a mi lado, noté el agradable olor de sus húmedos cabellos. Salió por la puerta de la estancia y yo la seguí.

Apenas Spike la vio bajando las escaleras, se puso de pie.

–Buenos días. Yo soy Spike, su nuevo asistente…

–Hola Spike, soy Twilight Sparkle.

–Un gusto, señorita.

–No tienes que tratarme con tanta deferencia, Spike. Dime Twilight.

–Lo intentaré… Twilight.

La sonrisa de Spike era boba y sincera, y su forma tímida y respetuosa de dirigirse a Twilight le habían hecho sonreír a ella también. Por lo visto, habían congeniado de inmediato.

En contraposición de mi caso, claro.

Twilight y yo no habíamos comido nada desde la tarde anterior, y le pedimos a Spike que nos llevara a algún lugar para desayunar.

–Podemos ir al Hungry Mare’s. También podemos ir al mercado…

–Está bien el Mare’s –dijo Twilight.

Nos encaminamos por el pueblo. De noche no había podido apreciarlo bien, pero ahora lo veía, burdo y bello a su vez. Casi todas las casas eran similares, de colores alegres, con balcones, jardincitos y sus techos de paja. El ajetreo, los rostros animados de las personas que iniciaban su jornada me hicieron pensar en que allí no existía la pobreza ni la abundancia; todos tenían lo que necesitaban. Al cabo de un rato, llegamos a un establecimiento que no era muy grande, pero quedaba en claro que no les iba nada mal. La fachada llevaba algunos adornos, y el interior estaba decorado con pequeños frescos y fotografías.

Nos sentamos y al poco rato llegó una mesera a nuestra mesa.

–No sé ustedes, pero yo podría comerme un caballo. No venderán caballos por aquí, ¿o sí? –la joven me miró como diciéndome “¿eres idiota o qué?”, y decidí callarme la boca.

–Yo quiero un desayuno continental. ¿Y tú, Spike?

–No, está bien. Ya desayuné… –su estómago rugió mientras lo decía–… Bueno, tal vez comer un poco más no me haga daño.

–Dos desayunos continentales, por favor.

–Y para mí un plato de sopa, por favor –dije, apocado.

La chica lo apuntó todo y se fue con un “Enseguida les traigo su orden”. Apenas se fue, le comenté a Twilight:.

–¿Viste eso? Parecía que iba a matarme por lo del caballo. Tal vez sea vegetariana, como tú.

–No creo que sea por eso.

–¿Entonces por qué? ¿Tiene que ver con Ponyville? –Ella asintió levemente.

–Ponyville solía ser famoso por sus caballos, especialmente sus ponis. Tan orgullosos estaban de ellos, que no se permitían venderlos, solo alquilarlos. Se los arrendaban a las compañías de las minas de carbón, y estas llegaron a cuidar más a los caballos que a los mismos mineros.

–Ya, ¿y por eso este lugar se llama The Hungry Mare’s?

–Bueno… luego llegó la guerra. El ejército confiscó todos los caballos, y Ponyville se quedó sin nada. Aquí antes había un establo, y en la época de la depresión decidieron vender casi todo el terreno, y con lo que les quedó hicieron este restaurant.

–No parece algo que nos enseñen en la escuela –bromeé. Ella sonrió.

–A diferencia tuya, no quise ir a una aventura a ciegas. ¿Recuerdas los días en que te decía que me quedaría en la biblioteca hasta tarde? Quería informarme primero, y eso fue lo que hice. La historia de Ponyville es muy interesante.

Noté el brillo en sus ojos, ese brillo que mostraban cuando hablaba de algo que realmente le gustaba. Así, la hallaba encantadora.

Spike también la miraba fascinado.

–Usted sí que sabe mucho, señorita Twilight. –Ella desvió la mirada, algo ruborizada.

–No es gran cosa, Spike. Solo leo.

La mesera llegó unos momentos después con nuestra orden. Twilight comía pausadamente, como siempre, y yo, a punta de haber compartido tanto con ella, comía con la misma lentitud. Spike devoraba su comida como si fuera la última.

–¿Cuáles son los planes para hoy?

–Tenemos que empezar lo antes posible. Hoy mismo tendremos que ir a verlo. Lo malo es que la información que tengo es desactualizada, y muy vaga. Aquí dice Strawberry Street, pero podría vivir en cualquier casa de esa calle. También podría haberse mudado, o pudo haber dejado de vivir en Ponyville desde hace mucho –el asunto le hizo adoptar una expresión pesarosa.

–No entiendo. ¿Por qué Star Swirl es tan importante? –me le acerqué y le hablé en voz baja, aunque no era necesario. Las mesas alrededor aún no se poblaban y Spike parecía más concentrado en su comida que en cualquier otra cosa. Twilight respondió de la misma manera.

–Es uno de los más grandes eruditos del reino. Ha hecho grandes avances en astronomía, matemática e ingeniería.

–Lo sé, pero eso fue hace tiempo. Ahora vive aquí, apartado de la comunidad académica y de todo lo demás, pasando sus días en sabrá Dios qué.

–No por eso deja de ser un gran científico.

–Pero se mudó a Ponyville por algo, y no creo que quiera dejar eso. Además, no entiendo por qué tu amiga la princesa nos ha mandado a hacer todo esto si es que simplemente podría llamarlo al palacio.

–Tal vez no quería sonar tan autoritaria –dijo Twilight, tras considerarlo.

–Si no quería dar esa imagen, pudo venir ella misma. ¿Por qué mandarnos a nosotros?

–Es la princesa, tiene muchos asuntos que atender en Canterlot, por eso no puede permitirse venir hasta aquí. Además, ella me lo ha pedido, y no puedo fallarle…

A mí me parecía que había algo detrás de todo aquello, pero en fin ¿qué sabía yo de las costumbres reales? Una princesa era una princesa, y podía hacer todo lo que le viniera en gana, a mi parecer, y aunque la idea de que algo no acababa de concordar me picaba, dejé pasar el tema de largo, sin dejar que me afecte demasiado.

–Está bien, está bien. Tú mandas. Acabamos de desayunar, y vamos a buscarlo.

Me apresuré y acabé antes que Twilight. Miré por la ventana mientras esperaba y noté un lugar sumamente peculiar. Me hizo pensar en la casa de la bruja de Hánsel y Grétel.

–¿Qué lugar es ese? –Spike parecía tan satisfecho por la comida que ni siquiera se molestó en mostrarse hostil.

–Ese es el Sugarcube Corner. Allí hacen los mejores pastelillos de Ponyville.

Tomé nota mental y me dije que iría por allí apenas pudiera. Twilight terminó de comer y salimos tras pagar la cuenta (Y dejar una buena propina, a modo de disculpa por el chiste del caballo).

–Si resulta que ninguna de las casas en la calle es, iremos al municipio a preguntar.

Nos encaminamos. Spike conocía la calle, y dijo que nos guiaría. Aunque parecía dar vueltas innecesarias y en más de una ocasión se detuvo para hacer memoria. Yo aprovechaba el camino para fijarme en lugares interesantes. Spike, ya sin el placer de acabar de llenar el estómago, respondía a mis preguntas escuetamente y con un mal disimulado malhumor. En algún momento, preguntó a Twilight:

–Exactamente, ¿por qué quieren llegar allí?

–Allí vive un amigo de mi papá –respondió tras pensárselo un momento–. No lo veo desde hace mucho.

Llegamos eventualmente al Strawberry Street, y, lejos de oler a fresas, desprendía todo el aroma de los corrales y las tiendas de remedios naturales. Era un olor viciado, y desagradable. Twilight se cubrió la nariz.

–¿Estás seguro que este es el Strawberry Street?

–Sí, este es –respondió Spike. Se le veía de lo más normal.

Haciendo de tripas corazón, iniciamos nuestra búsqueda. No teníamos ninguna clase de pista o referencia más que esa calle, así que tocamos en todas las puertas preguntando por Star Swirl. Nadie era él, ni tampoco parecían saber de quién se trataba. Cada puerta que se cerraba era un golpe a la moral de Twilight, y luego de recorrer buena parte de la calle ya parecía llevar una sombra cubriéndole el rostro.

–Esto es inútil. Seguro se mudó a otro lugar. ¿Qué haremos ahora?

–Tranquila, aún podemos encontrarlo. Mira, esta es la siguiente.

Era una casa deplorable, de ventanas polvorientas y paredes grises. Sobre la puerta colgaba un letrero que rezaba: “Se fabrican y venden fuegos artificiales.”

–Aquí vive El Barbudo –dijo Spike–. Sus fuegos artificiales son increíbles, aunque dicen que está algo loco.

“Bingo”, pensé. A Star Swirl le decían el barbudo, y el motivo era obvio. Twilight también pareció notarlo.

Sus nudillos temblaban al momento de tocar la puerta. Pensé que no era para más. Ella siempre había admirado a Star Swirl, y ahí, al otro lado de la puerta, ¿finalmente lo vería? Y si era él, ¿seguiría siendo el científico brillante que había sido? ¿o se habría vuelto un viejo loco y avejentado que fabricaba fuegos artificiales para ganarse la vida? Pensé en todo esto, y estuve seguro que a Twilight le atormentaban las mismas inseguridades. Quise ponerle una mano en el hombro para consolarla, pero entonces una voz cavernosa llegó desde el interior:

–¿Quién es? –Twilight dudó un momento antes de responder.

–Soy Twilight Sparkle, y estoy buscando a Star Swirl, El Barbudo.

Se produjo un tenso silencio.

–Adelante –respondió al fin–. Está abierto.

La mano de Twilight se deslizó titubeante hacia la perilla y la giró casi con solemnidad. Me di cuenta que ambos conteníamos la respiración.

La puerta se abrió, y entramos.